

DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA.



NUEVA Y CURIOSA RELACION,

en que se refiere un portentoso milagro que ha obrado la Virgen Santísima del Cármen con una señora viuda devota suya que navegaba para Roma con tres hijos pequeños, á los que cautivaron los turcos, y como los libertó milagrosamente.

PRIMERA PARTE.

Oh gran Reina de los Cielos,
Madre de Dios soberana,
refugio de pecadores,
amparo de nuestras almas!

Dadme tu gracia, Señora
para escribir en esta plana
la historia mas lastimosa
que se ha escrito, ni se canta,

atencion noble auditorio,
 que ya voy á declararla.
De Nápoles para Roma
 salió una nave mercante
 con una hermosa señora
 de sangre calificada:
 lleva tres hijos consigo,
 ángeles en forma humana;
 el uno es de cinco años,
 el otro á tres no llegaba;
 el otro es de cuatro meses;
 que á sus pechos lo criaba,
 y en medio de la marina
 los turcos los cautivaron.
Desembárcanlos en tierra,
 y á los tres niños compraba
 con la madre, un renegado
 para el servicio de casa;
 y al fin le sirvió seis meses
 con paciencia muy sobrada;
 pero al cabo de este tiempo,
 un dia el perro la llama,
 diciendo: ola, Francisca,
 sabrás que tu amor me mata,
 y he de gozar tu hermosura;
 ¿qué me respondes? acaba;
 reniega de Dios, reniega
 y serás muy estimada,
 la señora mas querida
 que en toda esta tierra haya.
Doña Francisca responde,
 resuelta y determinada:
 tu esclava soy, gran señor,
 la tu voluntad se haga,
 renegar de Dios no quiero
 que Mahoma es un canalla,
 que metido en los infiernos
 tiene millones de almas;
 y yo creo en Jesucristo,
 y su Madre Soberana,
 y en el divino misterio
 de la Trinidad Sagrada,

un Dios solo, y tres personas,
 que así la Iglesia lo manda;
 no mas de una vida tengo,
 y la doy de buena gana,
 solo por no quebrantar
 lo que la Iglesia me manda.
Y el renegado soberbio
 á sus criados les manda
 que á una mazmorra la lleven,
 y que allí la aprisionáran.
Obedecen al mandato,
 y á doña Francisca agarran,
 dándola crueles golpes
 en la mazmorra la entraban,
 con el niño mas pequeño
 que á diez meses no llegaba;
 le echaron á su cintura
 una cadena pesada,
 en cada pie un grillete
 y una argolla á la garganta;
 dábanla por alimento
 seis onzas de pan tasadas,
 y cuando le parecia,
 el infame perro baja,
 y con un grueso cordel
 cruelmente la azotaba;
 y despues al angelito
 sus ropas le desnudaba,
 y con unas disciplinas
 soberbio le descargaba,
 hasta que la sangre brota
 por sus venas delicadas.
Aquí fueron los lamentos
 del niño; y su madre amada,
 del gran dolor que recibe
 cayó en tierra desmayada;
 y despues que volvió en sí,
 en tiernó llanto anegada,
 se abrazaba con su hijo,
 y al pecho se lo arrimaba.
De allí se fue el renegado
 lleno de furor y saña,

solo de ver que no puede lograr lo que deseaba.

Mas no desiste; á otro dia vuelta á la mazmorra daba á donde está la cautiva, con halagüeñas palabras le predica de Mahoma mil embustes y patrañas diciéndola: si reniegas yo te daré muchas galas, y costosísimas joyas para que estés adornada.

Doña Francisca, prudente, de aquesta suerte le hablaba: esas joyas, gran señor, usted bien puede guardarlas, que ese es un poco de tierra, polvo que no vale nada, que quien el alma me dió no le costó tan barata.

Mas viendo los menosprecios que le hace la cristiana, soberbio se desespera de corage pateaba.

De la mazmorra se sale, y á los dos niños agarra, asidos por los cabellos les arrastró por la casa y á la mazmorra los lleva, á donde su madre estaba, los despoja de sus ropas, y de prisiones los carga. Tomó una vara con furia y á los niños apaleaba, y juntamente á la madre le decia estas palabras: dime, cristiana enemiga, si la ley de Dios dejáras muy mucho mejor te fuera, y la vida reserváras, tambien la de tus tres hijos que en gran peligro se hallan.

Pero viendo los tormentos que el bárbaro ejecutaba en sus tres queridos hijos á renegar la obligaba.

Renegó de cumplimiento, solo porque se aquietara la furia de aquel cruel, que con rigor castigaba aquellos tres inocentes sin haberle dado causa, doña Francisca le dijo: desata, señor, desata á mis hijos de prisiones que ya me humillo á tus plantas.

Reniego de Jesucristo, tambien de la Virgen Santa, y del divino misterio de la Trinidad Sagrada.

Pero nuestro Dios piadoso no quiso que aquesta alma se perdiese, y dió licencia al niño que el pecho daba para que á su madre avise del peligro en que se halla, y entonces el angelito pronunció aquestas palabras: madre, ¿qué es eso que dices? Mira bien lo que tu hablas, que aunque es de cumplimiento mucho le daña á tu alma, que para morir por Dios no se ha de tapar la cara: vivan los Santos misterios de nuestra Iglesia Romana, que mis hermanos y yo moriremos de buena gana, solo porque nos defiendas con la vida y con el alma. Absorta quedó la madre, y de rodillas postrada pidiendo misericordia al Cielo los ojos alza.

El renegado que ha oído
 al niño aquestas palabras,
 en vez de compadecerse
 mas aquel perro se ensaña,
 y cogiendo al inocente
 contra una pared lo daba
 hasta que de su cabeza
 los sesos se le saltaban.
 Murió el inocente niño,
 y volviendo á la cristiana
 con una gruesa cadena
 tan recios golpes la daba,
 pues ya por los ojos brota
 la púrpura en vez de agua,
 y con soberbia la dice:
 dime, ¿qué tienes cristiana?
 Ves aquí á tu hijo muerto,
 ¿es eso lo que te falta?
 Yo lo freiré en aceite,

y lo comerás mañana.
 De la mazmorra se sale,
 á sus mayordomos llama,
 diciéndoles: qué os parece
 que se haga en la cristiana?
 Mi intento es darla la muerte
 antes hoy que no mañana.
 Todos á una voz digeron:
 es justo de que se haga.
 Dijo el renegado entonces:
 pues idear nueva traza;
 ¿qué castigo se ha de dar
 á esta homicida cristiana?
 Dejemos en este estado
 aquesta primera plana,
 y Pedro de Fuentes pide
 perdon de sus muchas faltas,
 que en otra segunda parte
 les diré lo que aquí falta.





SEGUNDA PARTE,

en que se dá fin á los sucesos y trabajos
que padeció doña Francisca la cautiva.

Sagrada Virgen María,
hija de Joaquin y Ana,
hoy, Señora, necesito
que me ayudes con tu gracia,
porque mi turbada pluma
dé finiquito á esta plana.
Ya digo como quedó
en consulta esta canalla,
pero todos convinieron
de que muriese quemada.
Mandó el renegado al punto
que en medio de la real plaza
encendiesen una hoguera

con presteza y vigilancia:
lo que en breve ejecutaron
pues que su amo lo manda.
Dejemos en su alboroto
á estos bárbaros piratas,
y vamos á la cautiva,
que entre prisiones estaba;
mirando á sus hijos dice:
¡ay hijos de mis entrañas
sino os hubiera parido
mi pena no fuera tanta!
Y á vos, Aurora impecable,
María, llena de gracia,

estos hijos os encomiendo,
que ya sin madre se hallan.

Los infantes se enternecen
y amargamente lloraban,
y á su madre la decian:
madre mia de mi alma,
no os desconsoléis, señora,
que la Virgen nos ampara.
Y postrada de rodillas
en oracion elevada

haciendo mares sus ojos
las fuertes prisiones baña,
y acabando la oracion
de aquesta suerte exclamaba:

A dios, celestial Princesa,
que sois la luz de la gracia,
fuente hermosa de piedades,
que misericordia manas,
intercede que tu Hijo
se adolezca de mi alma
y que perdone mis culpas
que conozco que son tantas,
que las arenas del mar
no llegan á numerarlas,
pero tu misericordia
jamás á nadie le falta.

Y dichas estas razones,
la mazmorra se llenaba
de un resplandor celestial,
y á los niños se arrimaba,
quebrantando las prisiones
suelto los dos se quedaban,
y hácia su madre se arriman;
y con halagüeñas palabras
la decian: madre mia,

¿conoces á quién te habla?
Quedó la cristiana entonces
del caso maravillada,
y postrada de rodillas,
así ha dicho en voces altas:
dime quién eres, señora,
que tanta alegría causas?

Yo soy la Virgen del Cármen,
devota mia, levanta,
que vengo por tus tres hijos
para cuando á Roma vayas:
ves aquí á el infante bueno,
todas sus heridas sanas.

En los brazos se lo pone,
y el pecho se destapa,
y dándole el alimento
de puro gozo lloraba.

Mirábale á la cabeza,
y viendo que estaba sano
se admiró del gran prodigio,
y con alegría estraña,

á la Reina de los Cielos
de aquesta suerte la habla:
¿de dónde á mí tanto bien
siendo yo tu indigna esclava?
¿Cuándo merecí, señora,
que esa visita se me haga?

Y la respondió la Virgen
aquestas dulces palabras:
hija, tu gran devocion,
hizo que mi amor bajara
desde el cielo hasta la tierra,
que amor con amor se paga.

Has de saber que este hombre
que á ti tanto te maltrata,
era muy devoto mio,
y no quiero que su alma
se pierda y de su rescate
tú sola has de ser la causa.

Con esto se despidieron
con amorosas palabras,
muy alegres los infantes
con su madre se abrazaban,
y quedate en paz, y no temas
el castigo que te aguarda,
que has de salir con victoria,
libre; sin dolencia y sana;
despues predica la Fé
de nuestra Iglesia Romana.

Remontóse y tomó vuelo
 aquella preciosa Garza,
 la mas cándida azucena
 llevándose en su compañía
 los tres hermosos infantes,
 y dejando á la cristiana
 fortalecida, de suerte,
 que ya no le teme á nada;
 solo desea morir
 por defender la ley santa.
 Previendo ya el martirio,
 el vil renegado baja,
 y como la vido sola
 con descompuestas palabras
 dice: **A** dónde están tus hijos?
 Dónde se han ido, malvada?
 ¿nfame, no me respondes?
 Pero la noble cristiana
 le dió relacion de todo,
 diciéndole lo que pasa.
 Señor, la Virgen del Cármen
 se los llevó en su compañía,
 y al niño que usted mató,
 de nuevo vida le ha dado.
 Al oír estas razones
 se enciende en cólera y saña,
 y alzando cruel la mano,
 la pegó tal bofetada,
 que la derribó en el suelo
 sin sentido y desmayada;
 y despues que volvió en sí,
 afligida se levanta,
 diciéndole: gran señor,
 dime, por qué me maltratas?
 No preguntas por mis hijos,
 y te he dicho lo que pasa?
 Segunda vez la repite,
 diciendo: calla, malvada,
 que pues no has hecho caso,
 de mí serás castigada.
 De la mazmorra se sale,
 y recias voces gritaba:

Acudid, criados míos,
 pues ya teneis puerta franca,
 esto no tiene remedio;
 sacadla ya de mi casa
 porque es cosa que me irrita
 muger tan desesperada,
 pues que no teme la muerte,
 ea, al castigo llevadla.
 Al oír estas razones
 á la mazmorra bajaban
 como unos leones fieros;
 sus ropas la desnudaban,
 y dándola recios golpes
 á la vergüenza la sacan,
 pero ella mas encendida,
 la santa ley predicaba
 de mi Señor Jesucristo,
 Redentor de nuestras almas.
 Llegaron al sitio donde
 el incendio la aguardaba,
 y crueles la arrojaron
 entre las voraces llamas.
 Apenas hubo caído,
 el fuego activo se apaga,
 perdió sus flamantes luces
 sin que el pelo la agraviara.
 Mas viendo que queda viva,
 aquel alevoso manda
 que de la trenza del pelo
 á una reja la colgáran;
 al instante lo ejecutan
 llenos de furor y saña.
 De una reja la colgaron
 y en ella se la dejaban,
 á donde estuvo tres dias
 publicando en voces altas,
 de Dios sus Sacros Misterios
 y de la Iglesia Romana.
 Mas viendo que no moria,
 anda ideando mil trazas,
 por donde poder quitar
 la vida aquesta cristiana.

Mandó tragesen dos potros,
y á sus colas la amarráran,
y por las calles la saquen
hasta que pedazos la hagan,
y por si acaso no muere
que la maten á pedradas.

Obedecen al mandato
aunque de muy mala gana,
que ya alguno de los turcos
solo de oirla lloraban.

En fin, trageron dos potros,
y por las calles la sacan;
los animales feroces

humildes se arrodillaban,
y entre tan grande tumulto
todos á tirarla amagan;
mas cuando á tirarla iban,
inmóviles se quedaban,
y entre tanta confusion,
volvieron á la cristiana
á casa del renegado
diciéndole lo que pasa.

El renegado se admira,
un golpe al corazon daba,
y conociendo sus hierros
arrepentido lloraba,
diciendo: Divina Aurora,
del Cármen Virgen Sagrada,
si de aquí salgo con bien,
yo te empeño mi palabra
de hacer vida penitente
en una áspera montaña,

Y una noche de secreto
en una nave se embarcan
los dos con cuarenta turcos
que á voces piden el agua
del bautismo, porque quieren
morir en la ley de gracia,
y ochenta y ocho cristianos
trageron de retaguardia.

Les fue el tiempo tan feliz,
que en breve tiempo llegarán
á la gran ciudad de Roma
á que los absuelva el Papa.

Los turcos se bautizaron
rindiéndole á Dios mil gracias,
Don Juan de Alonso se fué
á cumplirle su palabra
que dió á la Virgen del Cárme
nuestra madre y abogada,
y despues doña Francisca
se fué á casa de su hermana,
y en ella halló los tres hijos
prendas queridas del alma.

Ya dieron fin los pesares,
ya las tristezas se acaban,
ya todos se regocijan
por maravillas tan altas.

A la Virgen del Carmelo
démosla infinitas gracias.

Y ahora Pedro de Fuentes,
que es el autor de esta plana,
al auditorio suplica
perdone sus muchas faltas.

FIN.

Valladolid, Imprenta de Fernando Santaren. 1862.